

MONSEÑOR FRANCISCO CASES ANDREU
OBISPO DE CANARIAS

ESPIRITUALIDAD ESPONSAL Y FAMILIAR

Encuentro Diocesano de Familias

NOVIEMBRE 2019

Queridos Hermanos y Amigos, queridos Matrimonios y queridas Familias.

Los padres que conocemos, también nuestros padres, nos pensaron desde que empezaron a quererse entre ellos. Nos concibieron y empezaron a preguntarse: ¿Qué será este hijo que esperamos? ¿cómo nacerá? ¿cómo haremos para que llegue a ser lo que queremos y esperamos de él?

También Padre Dios nos pensó , y desde siempre. Esto nos dice san Pablo en la carta que escribió a los cristianos de Éfeso: Pensó que fuésemos santos e inmaculados en su presencia, en el amor... Nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos por el amor. Él nos ha destinado por Jesucristo a ser sus hijos (Ef 1, 4-5).

También pensó Padre Dios cómo haría para que llegáramos a ser santos por el amor, hijos suyos por Jesucristo. *El Espíritu se hace en nosotros principio y fuente de su realización* (de la realización del proyecto del Padre): *él, el Espíritu del Hijo* (cf. *Gál 4, 6*), *nos conforma con Cristo Jesús y nos hace partícipes de su vida filial, o sea, de su amor al Padre y a los hermanos*. *‘Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu’* (*Gál 5, 25*). *Con estas palabras el apóstol Pablo nos recuerda que la existencia cristiana es ‘vida espiritual’, o sea, vida animada y dirigida por el Espíritu hacia la santidad o perfección de la caridad* (PDV 19).

Este texto entre comillas es un párrafo de un documento muy importante de San Juan Pablo II sobre la Formación de los Sacerdotes, la *Pastores Dabo Vobis*; el Papa quería mostrar que la formación no es asunto sólo de alumnos y profesores, candidatos y seminaristas. También el Espíritu andaba y anda por en medio, y ya desde el Bautismo va actuando en los creyentes. Este texto nos aporta una fácil comprensión de términos y conceptos como **‘vida espiritual’, ‘formación espiritual’, ‘espiritualidad’, que en no raras ocasiones tienden a entenderse sin mencionar suficientemente al Espíritu con mayúsculas**, porque creemos que tiene que ver solo con nuestro espíritu. Es normal entender la ‘espiritualidad’ de una persona, o de un grupo o de una asociación, como el conjunto de notas particulares, que, por identificar a ese grupo o asociación, lo diferencian de los demás. Y ciertamente es así. Pero todas esas notas particulares se fundamentan en las notas comunes a todos, que es lo que el Espíritu hace en nosotros por el Bautismo: hijos y hermanos, partícipes de la vida filial de Jesús y de su amor al Padre y a los hermanos. Esto es lo sustantivo, lo fundamental.

Me pregunto si no estamos pasando por alto esto **sustantivo**, para saltar -quizás dándolo por supuesto, pero sin mencionarlo- a acentuar **lo adjetivo**. Cuando distingo entre sustantivo y adjetivo no quiero devaluar lo específico distintivo de un grupo o asociación. Lo sustantivo se refiere a lo que hace el Espíritu Santo desde el principio de la vida cristiana, que es el Bautismo: el Espíritu hace hijos, hace hermanos, porque

marca, configura, conforma, asimila a Jesús, el Hijo, el Hermano. También puede proceder del Espíritu lo adjetivo, lo que llega al individuo a través de un fundador -no necesariamente santo-, o a través de una determinada asociación o grupo de libre adhesión. Lo llamo adjetivo porque es segundo, porque se asienta sobre la acción básica del Espíritu en el Bautismo, que es la substantiva, y la que genera una vida espiritual, una formación espiritual, una espiritualidad. Cualquier 'formación espiritual', cualquier 'espiritualidad' que podamos pensar o imaginar: salesiana, o franciscana, o focolar, o neocatecumenal, o jesuítica, o de cualquier denominación, o sin denominación, es adjetiva, es segunda, se fundamenta sobre los cimientos de la substantiva, de la primera, que es la vida espiritual, vida del Espíritu en nosotros por el Bautismo. Vida espiritual, espiritualidad, es siempre vivir según el Espíritu, según lo que hace el Espíritu en nosotros.

Sí, lo más hermoso de la vida cristiana, y de sus diversas formas: laico, consagrado, ministro ordenado, tiene su raíz y fundamento en un Sacramento y en una actuación permanente del Espíritu. Y eso significa que, por muy grandes, exigentes y apremiantes que nos parezcan las implicaciones de esa vida cristiana, no podemos olvidar que el Sacramento es la presencia del Señor, de su fuerza y de su amor para ser, para hacer y para vivir. En el matrimonio los esposos no están solos, como en el Ministerio no estamos solos los pastores.

Así expresaba el Concilio Vaticano II esta realidad: *El Salvador de los hombres y Esposo de la Iglesia sale al encuentro de los esposos cristianos por medio del sacramento del matrimonio. Además, permanece con ellos para que los esposos, con su mutua entrega, se amen con perpetua fidelidad, como El mismo amó a la Iglesia y se entregó por ella* (GS 48).

En la celebración litúrgica del Matrimonio, la Bendición nupcial que se pronuncia sobre los esposos, que ya han manifestado su consentimiento, pide el Espíritu Santo sobre ellos. En cada uno de los diversos Formularios de celebración matrimonial -hay cuatro- se piden cosas diversas, que serán en la vida concreta el signo de que es el Espíritu el que está actuando. Se pide que los esposos -por esa gracia del Espíritu Santo- permanezcan fieles en la alianza nupcial, se comuniquen mutuamente las riquezas de tu amor, Padre, sean el uno para el otro signo de tu presencia, sean un solo corazón y una sola alma, se alegren en su mutua entrega, hagan fecundo su hogar y enriquezcan a la Iglesia, sean santificados con la gracia del Espíritu Santo y acompañados benignamente con tu amorosa protección.

BAUTIZADOS, HIJOS, HERMANOS, ESPOSOS, PADRES

La espiritualidad del Matrimonio y la Familia es vivir de acuerdo con lo que el Espíritu hace en nosotros. El Espíritu empieza nuestra configuración con Jesús en el Bautismo, conformándonos con Él como Hijos de Padre Dios, y por tanto Hermanos de todos. Por así decir, empieza nuestra incorporación a la Familia divina por abajo.

La permanencia de Jesús con los esposos los configura con Él, Esposo de la Iglesia, como Esposos, con ese amor de totalidad y de entrega de la vida que caracteriza el amor de Jesús. *Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne. Es este un gran misterio: y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia* (Ef 5, 31-32).

En la misma entraña del ser Hijo como Jesús, está su semejanza con el Padre. Para Jesús, ser Hijo es ser aprendiz de Padre. Tener Vida es, como el Padre, disponer de la Vida, dar la Vida. El Padre dispone de la Vida, da la Vida a todo el universo. Jesús, el Hijo, el aprendiz de Padre, dispone de su propia vida, la entrega a todos. San Pablo no concibe una paternidad que no fluya y refleje la paternidad de Dios: *Por eso doblo las rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra* (Ef 3, 14-15).

CRECER EN EL AMOR:

Esta visión de las cosas del Matrimonio y de la Familia es un reto que provoca continuamente a sus miembros, pero que hace posible permanente y continuamente el Espíritu de Jesús. Se le podría aplicar aquella oración que Pablo hacía por los Filipenses: *Esta es mi oración: que vuestro amor siga creciendo más y más en penetración y en sensibilidad para apreciar los valores* (Fil 1, 9-10). Si la gran escuela del amor es la familia, los primeros y permanentes alumnos de esa escuela son los hijos, pero también los esposos y padres. Se crece hacia la identificación, que es sintonía. Se crece acompañando los ritmos. Se integran oscuridades, que son dificultades objetivas, y son a veces conflictos, cuando los encuentros son "encontronazos".

ENSEÑAR Y APRENDER A AMAR ES ANUNCIAR EL AMOR

¿Dónde aprenderá el ser humano a amar sino en la familia? Todos hemos aprendido a amar. Pero el amor no se aprende por enseñanza académica, ni se impone por mandato desde el exterior. El amor se aprende en la familia, desde lo que se nos dice, se nos corrige, se nos alienta, se nos explica, pero sobre todo y fundamentalmente desde lo que hemos visto y vivido de amor de nuestros padres, entre sí y para nosotros. El amor mutuo de los esposos y su amor a los hijos es su aportación más importante a la formación de los hijos. Porque hemos sido amados, nos hacemos capaces de amar. *Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él* (I Juan 4, 16).¹

Ciertamente es una suerte -en cristiano se dice es una gracia- que el amor se aprenda en la familia. Por muchas razones:

1.- Porque se aprende desde el primer momento. No hay que esperar a tener un tiempo determinado para empezar a aprender. Se aprende desde el primer instante de la vida. Amar es una gran fortuna, pero siempre se aprende en un previo ser amado.

2.- Se aprende en todos los momentos. No se trata de una asignatura que se nos explica los jueves y sábados de 12.30 a 13.30. Los mil aspectos, circunstancias, posibilidades del amor van desgranándose en las historias de cada día y de todos los días.

3.- Se aprende a amar en **gratuidad**. En la familia nada se cobra, nada se debe, nada se paga. Amar gratuitamente significa amar sin apoyarse en méritos o cualidades previos, y amar sin intereses, sin pretensiones de obtener algún beneficio en compensación. Lo decía preciosamente Lope de Vega en las dos primeras líneas de su soneto: *¿Qué tengo yo que mi amistad procuras? ¿qué interés se te sigue; Jesús mío?*

¹ Encuentro Diocesano de Familias 2009.

4.- De esta gratuidad se sigue como espontáneamente lo que llamaríamos la "**desproporcionalidad**" del amor. Es mejor tratado el que menos tiene, el que menos puede, el que menos sabe, el que menos es. Si esta visión de la debilidad bien tratada por los fuertes se hiciera viral en la sociedad, estaríamos en un mundo ideal.

5.- Se aprende a amar en **solicitud**. Solicitud es darse cuenta de qué hace falta o necesita cada uno, y reaccionar actuando para conseguirlo. Vivimos en una sociedad con mucho des-cuido, mucho no darse cuenta, mucho pasar de largo.

6.- Los Matrimonios y Familias que permanecen no es que no hayan tenido problemas y pruebas. Perduran porque han superado dificultades con la **fortaleza y la paciencia** compartidas, y conflictos con el **perdón y la misericordia**. La vida diaria del Matrimonio y de la Familia es un campo precioso en el que florecen continuamente el perdón y la misericordia, porque se descubre a diario que el mal de cada uno no es el lado definitivo del corazón.

Cómo cuidar la vida espiritual en la familia: acercándonos allí donde el Espíritu está buscándonos y esperándonos:

- Escucha (lectura) personal y/o en común de la Palabra
- Vida sacramental: Eucaristía (Misa y Sagrario) y Penitencia
- Oración personal: vocal y mental
- Vida comunitaria: parroquia o/y reunión de grupo o equipo

Que el Señor nos bendiga con su amor y nos llene de amor mutuo.

✠ Francisco, Obispo